



De la ciudad global a la ciudad literaria

Pasear por una gran urbe produce un cierto desasosiego y no es sólo el tráfico, el ruido, el caos dominándolo todo, sino encontrarte con la uniformidad del imperio gris. Es esa geografía urbana que aproxima todas las ciudades hasta el punto de que las percepciones se confunden, y uno pueda estar en Madrid o Budapest, porque se reducen los aspectos idiosincrásicos en un imaginario común donde las calles se confunden. En ellas vemos los mismos comercios, marcas, restaurantes de comida rápida, y ciudadanos que cada vez se parecen más bajo el imperio del comercio global.

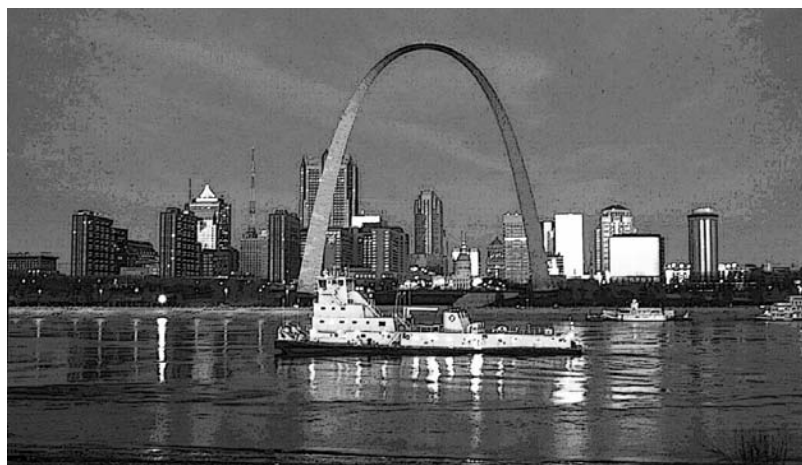
Decía Manuel Vázquez Montalbán: "Nada puede ser tan turbador como el paseo por una ciudad en plena descomposición de las estaciones. La metamorfosis de la naturaleza superviviente se complementa con la metamorfosis de la piedra, el cristal, el hormigón por obra de una luz de transición y un clima huidizo. El paseo por una ciudad que fue fascista, ahora posiblemente democrática, pero en pleno tránsito hacia no se sabe que estación histórica, si la posdemocrática o la posposdemocrática, recuerda esos paseos de final de invierno o de verano: la vida o la muerte se presenten como opciones detrás de una entidad inaprensible que podríamos llamar cambio." Esa ciudad en transición de la que nos habla Vázquez Montalbán se ha convertido en el siglo veintiuno en la ciudad globalizada donde el internacionalismo victorioso es el de las multinacionales, la libertad de un mercado publicitario que ocupa paredes y espacios que fueron sustentadores de frases y palabras que no tenían otros espacios. Una ciudad donde sus habitantes cuentan más en la medida en que sean consumidores que ciudadanos.

La idea de ciudad tiene más de veinte siglos de historia, sin embargo sería el siglo diecinueve parisino y barcelonés el inicio de un nuevo recorrido por una idea que tiene tanto de temporal como de atemporal, dado su carácter de espacio permanente, aunque no infinito. Durante el siglo veinte ha significado tránsito, movimiento, desplazamiento, ilusión, contaminación, conflicto. Así se ha configurado una ciudad trazada por los automóviles, para ser vista al pasar, no para ser vivida, es una ciudad ajena; el ciudadano no vive en la ciudad, sino para la ciudad, para sus normas, ajeteos y hasta la manera de utilizar el ocio. Así la homogeneización avanza a pasos agigantados, sin que apenas nos demos cuenta. Las calles se van poblando de un mobiliario urbano sospechosamente parecido, de una similar arquitectura, de una geografía comercial que tiende a asimilarse en formas y marcas. La urbe puede enclaustrarnos porque limita nuestras percepciones, como Kafka que dibujaba un círculo sobre una parte del gueto judío de Praga y decía: "Este círculo estrecho abarca mi vida entera." Ahora la movilidad nos permite ir de un sitio a otro, pero posiblemente para viajar de círculo en círculo, como diría Kafka.

alguien dijo que el nacionalismo se curaba viajando y llevaba una parte de razón, pues conocer realidades diferentes nos hace romper nuestros límites y percepciones, que son muy pequeñas, pues sólo alcanzan a ver a la altura de nuestros ojos. Por eso cuando uno puede ir de una ciudad a otra sin el riesgo de la aventura, con la percepción de que va a encontrarse más de lo mismo, por la invisible disciplina de la



Pedro Antonio Curto



Kafka dibujaba un círculo sobre una parte del gueto judío de Praga y decía: "Este círculo estrecho abarca mi vida entera." Ahora la movilidad nos permite ir de un sitio a otro, pero posiblemente para viajar de círculo en círculo, como diría Kafka.

sociedad de mercado, quizás sea necesario un cierto nacionalismo. Un nacionalismo amable, con paredes de cristal y puertas comunicantes, cuya percepción de lo propio tenga una visión universal, sin estrecheces ni folklorismos, pero que al menos sirva para no ser barridos por el omnívoro poder económico y cultural que hoy configura nuestras ciudades.

En este contexto el arte y más en concreto la literatura, debería jugar ese papel de ver la urbe reflejada en los espejos deformantes, pero sin embargo profundos, de Valle Inclán.

es la ciudad imaginada, entrevista, comparada o sencillamente "nostalgizada" porque en su propio pasado puede nacer una utopía. Esa utopía no tendrá siempre un carácter bondadoso o romántico; es también una utopía para el dolor cuando aquel que sale a caminar además de ciudadano es escritor, es decir, un sujeto con la doble posibilidad del vacío conjugada entre literatura y arquitectura o entre literatura y ciudad.

Ese libro escrito en el papel o en la piel del transeúnte, construye un imaginario propio del existir urbano, del ser urbano que ha cambiado para siempre la literatura del siglo xx. El amor y la muerte, temas tradicionales de la literatura, se vuelven el amor y la muerte urbanos.

La ciudad es el escenario y es la obra. El que escribe es escrito. Las huellas del aire caliente en lugar de cálido, del polvo en lugar de brisa, marcan nuestros desencuentros, y sólo una forma de amor a las palabras es un apasionamiento por los lugares. Decía Durrell: "La ciudad, a medias imaginada (y sin embargo absolutamente real) empieza y termina en nosotros, tiene sus raíces plantadas en nuestra memoria (...); Me dejaré contaminar otra vez

por los sueños de la ciudad y el recuerdo de sus habitantes?"

Así las ciudades son a media realidad y creación propia del que escribe sobre ellas, Nueva York, paradigma de la urbe, tendrá los rascacielos de Lorca, será la imaginada por Kafka, la sufrida por Miller y la reinventada por Auster. Y existen las ciudades propias, paraísos particulares, desdibujados entre unos y otros, como la ciudad de la jodienda del citado Miller, los laberintos del Oliveira de Cortazar o las ciudades invisibles de Italo Calvino.

pero en la ciudad global la literatura se universaliza y también se empobrece. Porque es una universalización con las cartas marcadas, hija del marketing, que puebla los escaparates con la vista puesta en lugares exóticos, contenidos esotéricos o imaginación de cartón piedra. Es una "literatura" perfectamente planificada, porque busca responder a una clientela donde se marcan la crisis en las creencias tradicionales, ansiosa de lo "sobrenatural", llena de la angustia y la falta de alicientes que la urbe moderna produce. Es el viaje a ninguna parte más allá de las telas de araña que envuelven los límpidos centros comerciales.

Y esto cuando comenzamos un siglo donde apenas hemos aprendido a percibir la esencia existencial de las ciudades. Por eso las puertas siguen abiertas, porque nuestras ciudades son adolescentes buscando aprender el amor de los adultos sin su desesperanza. De la misma manera que nunca más podremos ver su encuadre gracias al cine y a la tele, nunca más podremos ser sin las huellas alegres o tristes que lo escrito sobre la ciudad y nuestro caminar por ella graban en lo que somos. Letras de ciudad, palabras de ciudad. Ciudades de palabras.

<http://pedroantonioicorto.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto